

Mientras esto pasaba allí, los demás españoles se apoderaban de Guaorocaya.

Encadenado el heroico rey, resolvieron darle muerte y al efecto formaron una hoguera para abrasarle en ella.

Pero como no habian recibido orden para tanto; como por otra parte la presencia del último cacique de Haiti encadenado podria servir de escarmiento á los indios que quedaban libres, decidieron llevarle á bordo del buque hasta Santo Domingo.

Allí encontró á Anacaona encadenada como él, y próxima á ser juzgada por los españoles de la manera más inicua.

El cadalso iba á extinguir en breve la raza de los reyes de Haiti.

Capítulo XXIII.

El suplicio de Anacaona.

Anacaona aguardaba el resultado del proceso que por orden de Ovando se habia instruido contra ella en un calabozo privado de luz y sin ventilacion apenas, tratada como si fuera una criminal temible.

Para mayor tormento, habia alejado de su compañía á los indios que, como ella, sufrían el cautiverio, y le habian dado por carcelero á un hombre cuyo mayor goce era mortificar á los indigenas.

Todo lo sufría con paciencia Anacaona, confiada en que vivía su esposo y en que no tardaría en volver á libertarla.

Otra esperanza le sonreía en medio de su amargura.

Habia corrido la voz de que Colo ndebia llegar de

un momento á otro, y haciéndole justicia como á los demás indios, esperaba de su clemencia alivió á su afliccion.

Antes de ser prisionera, habia fijado su atencion en el padre Las Casas, el misionero más jóven de cuantos habia en la isla, y el que más simpatías habia mostrado en favor de los indios.

Sentia vivos deseos de conversar con él, de pedirle noticias acerca de su esposo; pero no se atrevia á suplicar á sus verdugos que la llevasen á su lado, por temor de que su deseo fuese bastante para que la negasen aquella gracia.

El padre Las Casas, que asistia con el corazon traspasado á aquellas escenas indignas, no ya de cristianos, sino de gente civilizada, se multiplicaba para hacer ménos dura la esclavitud de los indios, para llevar consuelo á su corazon en los últimos momentos de su vida.

En el momento en que Esquivel se apoderó de Guaorocaya y lo envió á Santo Domingo para que fuera juzgado, resolvió el padre Las Casas acompañarle con el objeto de ganar su alma para Dios.

En varias ocasiones, aun á riesgo de perder el prestigio de que gozaba y de incurrir en el desagrado del gobernador, habia pedido á Ovando que ejercitase la piedad con los infelices indios.

Con sereno, aunque humilde acento, le habia recordado la misericordia del Todopoderoso, su clemencia para perdonar las ofensas, su caridad para los tristes, y Ovando, que fundaba todas sus demasias en

el deseo de subyugar al país para imponerle una religion que no necesitaba ser impuesta, sino iniciada, para llevar al alma la conviccion, fingia al padre Las Casas gran pesar por verse obligado á autorizar aquellos castigos; y como veia la estimacion y la influencia que adquiria el misionero por su evangélica conducta, aparentaba oírle con atencion y accedia á sus ruegos, no para renunciar al martirio de los indios, sino para dulcificar la forma de dárselo.

—Ya está pacificada la provincia de Higüey,—dijo á Ovando el padre Las Casas;—ya sus infelices moradores, los más temibles de la isla, ó duermen el sueño eterno, ó se entregan vencidos á la esclavitud. Las armas españolas no pueden alcanzar triunfo mayor. De uno á otro extremo dominan todo el territorio, y son esclavos suyos los que antes vivian felices é independientes en estas risueñas comarcas.

Que la piedad halle eco en vuestro corazon: los dos únicos representantes de la monarquía haitiana yacen en vuestro poder encadenados. Nada pueden: el cetro hecho pedazos, sus huestes destruidas, su trono desmoronado, no podrán nunca recuperar lo que han perdido. No aumenteis el número de víctimas llevándolos al cadalso. La clemencia despues del triunfo, es la luz que mejor le ilumina.

—Sois bueno y generoso,—dijo Ovando,—y yo tambien participo de vuestros sentimientos. Pero entre los dos existe una gran diferencia. Sois ministro de Dios, y yo soy gobernador de una colonia y jefe de un ejército. La piedad es en vos una obligacion;

en mí sería una debilidad. Representante ante todo de la justicia, debo acatar sus fallos, debo defender sus derechos, y los dos grandes caciques han conspirado contra nosotros: por su tenacidad nos hemos visto obligados á recurrir á las armas. Se han trabado combates, y en ellos han perecido nuestros hermanos. A estos ultrajes hay que añadir los sacrilegios que han cometido destruyendo las imágenes que les hemos dado para venerarlas, mofándose además de las doctrinas que les hemos inculcado para que llegasen al conocimiento del verdadero Dios. Todos estos delitos están sometidos á un tribunal. El es el que debe fallar; él el que debe condenar á los reos. Si los absuelve, mi gozo será igual al vuestro; si los condena, no tendré más recurso que ejecutar su sentencia. El deber es ante todo.

El padre Las Casas conocía lo bastante á Ovando para comprender que, al pronunciar aquellas palabras, acariciaba la idea de asistir á los últimos momentos de la dinastía haitiana.

—Al menos,—dijo,—concededme una gracia. Inteligentes y dotados de nobles prendas Anacaona y Guaorocaya, deben antes de espirar abrazar la religión cristiana y morir como los buenos. Concededme la gracia de iluminar su inteligencia, de abrir su corazón á las dulcísimas emociones de la fé, y al menos quitar á su muerte el horror y la desesperación: que mueran bendiciendo á Dios, implorando su gracia, perdonando á los que se ven en la dura necesidad de imponerles tan grande castigo.

—No seré yo quien me niegue á satisfacer tan grandes deseos. Si alguna crueldad hay en mis actos, es porque no es posible emplear la clemencia con gentes que desconocen la bondad, y que calificarían mi dulzura como calificaron la de Colon: de pusilanimidad, de cobardía.

Gracias á esto, pudo el padre Las Casas realizar uno de los más vivos deseos de Anacaona.

Al verle entrar en su calabozo, le pareció que respiraba con más libertad, que la esperanza volvía á su abatido espíritu, que su tizmes tutelar no le había abandonado, y le brindaba los consuelos que le había pedido.

—¡Que vuestro Dios os bendiga!—exclamó Anacaona al verle.

—¡Pobre reina destronada!—dijo el padre Las Casas.—No he dejado de pensar un solo instante en tu infortunio, y he aprovechado la primera ocasión de venir á verte para aliviar tus desventuras.

—Os agradezco tan buenos deseos, y vuestra presencia me anima; pero ya ni vos ni nadie puede mitigar mis pesares.

—Sí, Anacaona, sí; hay un supremo poder que sana las heridas más profundas, que cuando el desengaño cierra las puertas á las esperanzas en el mundo, las abre con la fé á otro mundo más grande, más puro, más bello, donde la ventura es eterna.

—¿Hay otro mundo entonces?

—Sí.

—Y ese mundo, ¿cuál es?

—La eternidad.

—¿Se sufre en él?

—Se sufre cuando el alma llega á sus puertas manchada con los crímenes; se goza cuando se presenta limpia ó arrepentida á los ojos de su Creador.

Anacaona escuchaba embebecida al padre Las Casas.

—En ese mundo,—añadió el misionero,—sólo el espíritu domina. Las pasiones se han extinguido; la carne es polvo ya; el alma, inmortal, recibe el premio de sus virtudes, y encuentra en torno suyo á los seres queridos para disfrutar con ellos la eterna bienaventuranza; en ese mundo no hay jerarquías, no hay reyes ni vasallos, no hay ambiciones ni ódios.

—¿Cuánto daria,—exclamó Anacaona,—por vivir allí! ¡Ah!... Si muero, si mis enemigos me hacen sufrir la suerte que ha alcanzado á mis hermanos, allí esperaré á mi esposo Caonabo y á mi querida hija.

—No, Anacaona,—dijo el padre Las Casas, aprovechando aquella ocasion para revelar la verdad á aquella infeliz reina,—tu esposo Caonabo te aguarda allí.

—¿Qué decís?

—Te han engañado por tu bien.

—¿No vive!

—No.

—¡Ah!...

—No vive; al ir á España sucumbió en el camino; pero murió bueno, y el Dios de mis hermanos, grande

y misericordioso, le acogió en su seno, y en él te espera.

Los ojos de Anacaona se inundaron de lágrimas. Con debil voz, entrecortada por sollozos, añadió despues de una breve pausa:

—Todo lo comprendo; pero en medio de mi dolor experimento al oir vuestras palabras una dulzura que hasta ahora no he sentido. ¡Ah! Guiadme á esa patria feliz en donde las almas que bien se quieren gozan de eterna dicha; la vida me es odiosa: quiero la fé, la fé que hay en vuestra alma, si ella ha de guiarme adonde está mi único bien.

A partir de aquel momento, el padre Las Casas consiguió hacer cristiana á Anacaona, y la preparó tan bien, brindándola los consuelos de la religion, que cuando al dia siguiente firmó Ovando su sentencia de muerte, escuchó aquella horrible condenacion con ánimo sereno, con sonrisa de triunfo.

Anacaona supó que Guaorocaya debia sufrir su misma suerte, y quiso trasmitirle los goces que debia á la religion.

El padre Las Casas consiguió que Guaorocaya y Anacaona esperasen la hora de su muerte reunidos en una misma capilla.

Los dos caciques se negaron á ver á todo el mundo.

Sólo anhelaban la compañía del padre Las Casas.

Al acercarse su postrera hora, no pudieron menos de volver sus ojos al pasado, de recordar la paz que reinaba en su patria, contarse uno á otro los desas-

tres que habian presenciado, y convencidos de que habia caido sobre ellos una maldicion, consideraron la muerte como la libertad.

Mientras tanto, se levantaban dos horcas en la plaza pública de la colonia de Santo Domingo.

Todo se hacia precipitadamente, porque habia noticias de que se aproximaba Colon, y aunque Ovando pensaba contrarestar su mando, temia que se despertase la piedad de los colonos en favor de los indios, y que todos juntos le obligasen á aplazar su castigo.

Ovando no consideraba dominada la isla por completo hasta que no sucumbieran sus dos únicos reyes.

En la madrugada de un hermoso dia del mes de Junio del año 1504, entraron los soldados con los jueces en la capilla para conducir los reos al patíbulo.

Anacaona y Guaorocaya esperaban con ansia aquel momento.

Todos los colonos habian acudido á la plaza para asistir á la ejecucion.

Los reos atravesaron con paso seguro la distancia que les separaba de la muerte.

El padre Las Casas les habia enseñado el Credo, é iban rezándole.

Subieron al tablado, y Anacaona,

—Yo te perdono, Ovando,—dijo;—perdono á los enemigos de mi patria, y entrego el cuello al verdugo.

Guaorocaya lanzó una mirada furibunda al gobernador, y no pronunció una sola palabra.

Un segundo despues, sus amaratados cuerpos se agitaban en el espacio.

Ovando no se atrevia á alzar los ojos.

Un horrible remordimiento llenaba su alma.

No habia trascurrido media hora, cuando sonó un cañonazo en la playa.

Todos los habitantes de Santo Domingo corrieron á ella.

Cristóbal Colon, el almirante de las Indias, llegaba á Santo Domingo.

Pero llegaba tarde.